

cuarenta. Francisco Lacueva menciona alrededor de veinte en su libro *Espiritualidad trinitaria*. Bastaría sólo uno para probar este punto, pues una verdad no puede ser combatida ni con mil errores. Tomemos una muestra representativa de las diferentes partes del Nuevo Testamento.

- De los sinópticos, Mateo 3:16,17 la ocasión del bautismo de Jesús revela tres personas. En el momento que el Señor sube del agua, el Espíritu de Dios desciende sobre él como paloma, y se oye la voz del Padre que dice: "Éste es mi Hijo amado..." El evangelio de Juan menciona la verdad en 15:26. Ryrie en su libro *El Espíritu Santo*, página 29, dice: "El uso del tiempo presente (procede) se entiende como una referencia al carácter eterno de la procesión del Espíritu".

- De las epístolas paulinas apuntemos Tito 3:4-7 donde se afirma que cada miembro de la Trinidad toma parte en la operación de la salvación del hombre.

- De las llamadas epístolas universales destaquemos 1ª Pedro 1:2. En esta salutación Pedro ve la obra global de la salvación. Destaca la función preeminente del Padre quien planea la salvación. El Espíritu aplica la salvación y santifica. El Hijo obra la salvación con su sangre derramada en la cruz.

- En Apocalipsis, el vidente menciona y distingue a las tres personas al saludar a las siete iglesias, Apocalipsis 1:4,5.

El Espíritu Santo, por tanto, no puede ser confundido ni con el Padre, ni con el Señor Jesucristo. La identidad distintiva de cada miembro de la Trinidad está claramente demostrada en las Escrituras.

¿De qué manera nos ayudará el conocimiento de estos puntos teológicos? La experiencia de la vida es trinitaria. La vida abundante que la Biblia presenta es neumatológica, se da sólo por el Espíritu.

Aunque la Biblia no enseña que tengamos que orar al Espíritu Santo, queda implicada la adoración y reverencia que le debemos en el hecho de ser presentado como co-igual con el Padre y con el Hijo.

Nuestra adoración es trinitaria y carismática. Oramos al Padre en el nombre y por la mediación del Señor Jesucristo a través del poder del Espíritu, Juan 4:24; Filipenses 3:3. Nuestra misión es trinitaria. Somos enviados por el Hijo para predicar en el poder del Espíritu llamando a los pecadores a que se reconcilien con Dios, el Padre.

Otra prueba de que el Espíritu Santo es una persona divina, distinta del Padre y del Hijo, está en la bendición apostólica que Pablo lega en 2ª Corintios 13:14: *La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.*

Comenta Gordon Fee: "En muchas maneras esta bendición constituye el momento teológico más profundo en la literatura paulina". *God's Empowering Presence: The Holy Spirit in the Letters of Paul*, (La presencia de Dios que da autoridad: El Espíritu Santo en las cartas de Pablo), página 363.

La comunión, el compañerismo, sólo pueden darse entre personas. Sucede de un creyente con otros creyentes. Por gracia, y mediante la fe, podemos disfrutar de comunión con Dios. Ello nos prueba que nuestro Dios es un ser personal, un Padre que se deleita en relacionarse con sus hijos. En el mismo tenor, la comunión que disfrutamos con Jesucristo prueba su personalidad si es que no obvia la nuestra. La comunión con el Espíritu, en consecuencia, hace que nos percatemos que el trato es con la adorable tercera Persona de la Deidad.

--dgr

LOS GNÓSTICOS ANTES Y AHORA

Por Pablo Kazim G.



LA BÚSQUEDA DE la humanidad de alcanzar el verdadero sentido de su existencia no pasa por un sendero recto. Anhelamos alcanzar la seguridad de que nuestra vida sí tiene importancia, de poder decir que algo que sabemos nos pone aparte de la gente común y corriente. Para muchos este deseo de alcanzar algún nivel de importancia cósmica sirve como una motivación principal.

Supongamos que cultivo yo fresas pero siento en lo profundo de mí ser un deseo de ser el mejor cultivador de fresas. Es más, me agradaría que todo el mundo me reconociera como el mejor de los cultivadores de fresas. Si eso llegara a suceder, no tendría relevancia si de veras soy el mejor cultivador de todos o no. Me pondría a desarrollar mis teorías sobre la manera de lograr las mejores cosechas de fresas y me creería ser toda una autoridad en ese área. Me sentiría bien por tener información confidencial. Tendría conocimiento inaccesible para el no iniciado en tales asuntos. Las fresas llegarían a ser sólo la ocasión. Lo que valdría para mí sería el sentido adquirido de mi vida. Ya no sería un hombre cualquier sino *el* hombre que sabe.

El problema de los gnósticos del pasado

Este deseo de adquirir conocimiento inaccesible para la mayoría, esta fascinación con lo misterioso, no es nuevo. El mundo antiguo se llenaba de personas dedicadas a esta búsqueda de conocimientos. La palabra griega que significa "conocimiento" es *gnosis*. Los historiadores les han puesto el nombre de "gnósticos" a los que daban valor especial al conocimiento confidencial. El precursor del gnosticismo no consistía de un sistema de creencias o de un grupo estructurado con el cual uno se afiliaba. Más bien se trataba de una búsqueda interior de información confidencial y el deseo de tener un sentido de la vida.

En el siglo segundo después de Cristo llegó el gnosticismo en una forma más organizada y cristianizada. Llamaba la atención de la gente porque

ofrecía una respuesta sistemática a la búsqueda de conocimiento que siempre había existido.

La idea de *gnosis* siempre trataba de una sabiduría mística y sobrenatural por la cual los que la buscaban eran conducidos a una comprensión verdadera del universo, de Dios y de la vida. No se aprendía, sino que se revelaba. Las doctrinas del gnosticismo datan de antes del cristianismo. No todas las formas del gnosticismo contenían todas las características generales, pero por lo general consistían las enseñanzas de los siguientes conceptos:

- El mundo material o físico era totalmente malo.
- Hay un Dios con una existencia completamente separada del cosmos. No creó el mundo. Los gnósticos argumentaban que Dios, siendo un ser perfecto, no crearía un mundo de oscuridad total.
- Poderes inferiores que no conocen al Dios verdadero eran los que crearon el universo.
- Se compone el hombre de cuerpo, alma y espíritu. Siendo productos de estos poderes inferiores, el cuerpo y alma se ven encerrados en una existencia terrenal. El espíritu es una parte del ser divino la cual ha caído al mundo. El cuerpo y alma fueron creados con el propósito de mantener encarcelado el espíritu. La persona que carece de conocimiento está dormida y sólo se puede despertar a través de *gnosis*.

Este deseo de tener *gnosis* se convirtió en el gnosticismo y por muchos motivos llegó a ser una amenaza a la iglesia. Concilios eclesiásticos condenaron los artículos principales de este sistema de creencias. Sin embargo, el deseo de la gente de hallar sentido en la vida, de adquirir conocimiento confidencial y de hallar una separación de este mundo malo no desapareció con los edictos de los concilios. La verdad es que el mismo deseo persiste hasta el día de hoy.

El gnosticismo actual

Se pueden percibir corrientes de *gnosis* hoy en la iglesia. Cuando creyentes se dividen en dos grupos, los unos creyendo que han alcanzado una mayor profundidad que los otros, se produce una forma del gnosticismo. Cuando la gente busca revelaciones especiales, experiencias, o interpretaciones particulares que por lo general no son accesibles a todos, otra vez se trata de una forma de gnosticismo.

Cuando creyentes se dividen en dos grupos, los unos creyendo que han alcanzado una mayor profundidad que los otros, se produce una forma del gnosticismo.

Vemos en la Biblia que muchas personas recibieron experiencias poderosas, pero había una explicación en

las Escrituras para apoyar lo que habían experimentado. Por ejemplo, en el día de Pentecostés, un grupo grande de personas tuvieron una experiencia. Podemos suponer que no todos entendían precisamente lo que sucedía, pero se puso en pie Pedro para explicarlo. No dijo que Dios hacía una obra profunda y poderosa. No empleó palabras efímeras. Dijo que eso era lo que Joel había dicho. El resultado fue que hasta los que no habían entendido llegaron a comprender lo que pasaba. No era debido a la experiencia que entendían sino porque se había explicado lo que era la experiencia.

Otro ejemplo es el caso de Pedro y el lienzo. El apóstol hizo saber a Cornelio que había ido a su casa debido a lo que significaba la visión. La experiencia de la visión no fue lo que lo llevó a compartir el evangelio con un pagano. La verdad era que Pedro había rechazado la voz de Dios cuando la oyó en la visión. Pero el Espíritu le hizo entender que era una misión de parte de Dios. Cuando un creyente experimenta una manifestación de Dios, y dice que ha recibido un discernimiento especial que trasciende su capacidad de razonar o su habilidad de explicar, se trata del gnosticismo.

Cuando personas de letras emplean computadoras para destapar mensajes codificados y dicen que dichos mensajes pronosticaron eventos que sucedieron después de tres mil años, se ve una forma intelectual del gnosticismo. Aquellos que no conocen la clave recién revelada de interpretación siguen en la oscuridad. La explicación del misterio no les es accesible.

El problema de los gnósticos modernos

La experiencia es muy subjetiva. Experiencias religiosas de poder son comunes en todas las formas de grupos gnósticos. Reemplazan la adoración al Creador Pre-existente con una búsqueda de sensaciones que les parecen hacer la fe en Dios más verdadera, más viva y más relacionada con nuestras emociones que lo que Dios ha revelado en las Escrituras.


El contenido y la veracidad histórica de la fe cristiana hacen que el cristianismo se ponga aparte de todas las otras religiones. Pero los gnósticos sustituyen una búsqueda de sensaciones por la fe en el Dios Viviente. Oyen decir que la fe es buena, pero deciden que hay que buscar algo más. Estas personas desean sentir físicamente la presencia de Dios. Alimentan la idea de que hay que reemplazar la adoración simple del Dios de la Biblia con una demanda de entrar en experiencias emocionales. Parecería que llegan a la conclusión de que lo que se siente es más digno de confianza que la fe. Hay quienes llegan a decir que la experiencia reemplaza la fe. Piensan que no se puede atacar con la razón lo que uno siente. Se cree que la experiencia quita toda la ambigüedad de la fe.

Sería bueno que estas personas se detuvieran para darse cuenta de que las emociones no son más dignas de confianza que la fe. Un plato de pescado contaminado o un cambio del clima puede tener un impacto profundo sobre nuestras emociones. El ser humano no puede

limitarse para mirar adentro hacia su propia experiencia sin mirar hacia afuera para contemplar a nuestro Dios con reverencia y admiración.

La fe cristiana debe destruir la religiosidad y el orgullo religioso. Me refiero al orgullo que se ostenta jactándose de experiencias espirituales. No digo que carece de valor la experiencia. Ni por un momento la debemos descartar. ¡Qué glorioso es el momento cuando el Espíritu ilumina lo que no habíamos visto. Llegamos a sentir cambios y transformaciones. Pero hay que tener presente que cada experiencia se ha de medir a la luz de nuestra regla de fe. Tiene que seguir la pauta trazada en la Biblia.

La búsqueda de *gnosis* no es nada nuevo. Data de antes de la era cristiana. Pero parece que cada generación expresa el mismo deseo de ser sabio según su propio punto de vista. En cada etapa de la historia la humanidad quiere hallar una nueva manera de conocer lo que otros no conocen.

Que no decidamos por un extremo ni por el otro. Reconozcamos la autoridad de la revelación divina que ya se nos ha dado. El Autor de nuestra fe nos guiará. A la vez queremos tener siempre un encuentro con nuestro Dios que revolucione todo nuestro ser. 

Pablo Kazim Guri dictó hace varios meses la materia de Hermenéutica Avanzada en el Seminario del ISUM que se llevó a cabo en el Perú. Tiene su título de Maestría de Divinidad en Teología. Su esposa es Sandra Woodworth. Son tres los hijos.

COMPRENDIENDO LOS DONES ESPIRITUALES CON ECUANIMIDAD

Por Edgardo R. Muñoz

PERDIDO EN EL MEDIO del continente yacía un pueblo al que habitaban sólo diez personas. Dicha gente vivía a orillas de un caudaloso río y disfrutaba de un bienestar limitado. La tierra que sembraban no ofrecía las bondades que en otro margen se apreciaban.

Hasta que un joven rompió la monotonía. Se encargó de motivar a sus paisanos acerca de las conveniencias de explotar las tierras de enfrente. Claro, la única manera de alcanzar fácilmente ese terreno era construyendo un puente que uniese las dos orillas. El autor de la ocurrencia no perdió el tiempo y con la ayuda de sus vecinos construyó un puente capaz de burlar las corrientes indómitas.

En unos pocos días había diez personas felices de haberse expandido, gracias a la visión de aquel muchacho. La fiesta duró hasta que el cruce del río se tornó rutinario. Entonces otro joven se preguntó: ¿Por qué tengo que pedir permiso al administrador de esta calle colgante cada vez que quiero cruzarla si yo puedo tener mi propio puente? Acto seguido, con la ayuda de unos pocos, levantó su construcción y había un pueblo con dos puentes por los que circulaban diez

personas felices.

El espíritu de independencia se había desparramado lo suficiente como para que a cada año apareciera un nuevo habitante edificando su propia vía de acceso. Finalmente, al cabo de diez años cada uno experimentaba la plena satisfacción de no necesitar de los demás, por tener su propio puente.

Pero la manutención de un puente no era cosa fácil. Las tormentas, los vientos y las fuertes corrientadas aflojaban los clavos y debilitaban los palos sobre los que se asentaban las tablas del sendero. Una sola persona no daba abasto para mantener en pie la estructura, pero ninguno podía ayudar al otro por encontrarse demasiado ocupado en arreglar su propia construcción.

Antes que se celebrara el quince aniversario del primer puente, el pueblo que allí habitaba tenía una magnífica visión hacia el otro lado del río, pero ningún medio para concretarla.

Esta parábola pone en relieve a uno de los peores enemigos dentro del cuerpo de Cristo: el individualismo. Este mal cuenta con la propiedad de distorsionar la perspectiva de los dones espirituales, aumentando la ambición por los más espectaculares y desalentando la búsqueda de los menos advertidos.

Vivimos tiempos en los que algunos buscan el poder de Dios para ejercer un mayor dominio sobre sus semejantes en lugar de servirlos con herramientas más eficaces. En otras ocasiones la manifestación de los dones espirituales parece buscarse para vindicar a las personas en sus ministerios; es decir, como sello de aprobación divina. También existen los que poseen tantos dones como les dicte su imaginación para asegurarse multitudes de dependientes. El denominador común de todos los casos es el deseo de estar lo más dotado posible para necesitar lo menos posible de los demás.

Pero siempre la iglesia se perjudica porque se están disipando energías en objetivos egoístas que poco aportan para la gloria de Dios. No es fácil remediar esta tendencia cuyas raíces se remontan a las primeras décadas de la iglesia. Pero al menos contamos con las apreciaciones de la Palabra de Dios para ver los dones desde un punto de vista equilibrado.

En primer lugar debemos aceptar que somos administradores de la multiforme gracia de Dios, según lo dice Pedro, 1ª Pedro 4:10. Que el Señor nos llame administradores nos ubica en un altísimo grado de responsabilidad. El administrador carga sobre sus hombros la decisión de los lugares, tiempos y procedimientos que permitan un adecuado manejo de los bienes de un tercero. Como tales, debemos escoger cómo, cuándo y dónde se ha de ejercer la gracia de Dios de tal manera que llegue a los corazones sin derroche ni obstáculos que la disminuyan.

Un administrador, para lograr óptimos resultados, debe capacitarse e instruirse. Son bastantes los creyentes que consideran que una vez venido el Espíritu